

PENSANDO LAS TRANSFORMACIONES EN EL CUERPO.

VIDEO “LAS VIAJADAS”, UN APORTE CLINICO AL DEBATE

Lic. Verónica Dreussi

El siguiente artículo forma parte de una experiencia de taller realizada entre candidatos de diferentes asociaciones con el objetivo de intercambiar ideas y formas de pensar. Comenzó en Rosario con analistas en formación de Argentina y Uruguay y continuó en el Congreso de Ocal en Cartagena 2016.

En esta oportunidad participaron candidatos de Argentina, Perú y México en un encuentro fraterno y de un nutritivo intercambio interinstitucional.

Dicen que la edad no se mide en años sino en la capacidad de asombrarse. Creo que como psicoanalistas es una obligación no perder nunca esa cualidad, lo que implica decir que deberíamos mantenernos siempre como niños asombrados.

El asombro, a su vez, requiere de una cuota de curiosidad sin la cual asombrarse quedaría congelado en un acto de pura inmovilidad improductiva.

Lo nuevo asombra, despierta el interés y la curiosidad.

Permite la posibilidad de reconocer ahí lo que no estaba en un antes y lo que se nos aparece en un ahora como aquello que se abre a un abanico por desplegar.

Lo nuevo va poniendo una capa sobre lo viejo con lo cual éste tomará un sentido actualizado, un sentido otro. Habrá resignificación o el sentido se perderá.

El video nos asombra sin duda alguna, nos enfrenta con lo nuevo. Pero ¿qué es esto nuevo que nos instala en este juego de sombras? Esto, lo que parece ser una característica de lo nuevo, el juego de luz y sombras.

Ponemos a funcionar la capacidad de la mente de ir más allá del asombro: el cuestionamiento. Las preguntas e interrogantes como salidas en la búsqueda de un nuevo orden que la novedad impone, como defensa a la intrusión de aquello que está haciendo su aparición transformando lo que ya estaba.

En la práctica clínica la sabiduría del relato nos convoca, nos atrae como una sirena con su canto, con su “voz” que embelesa y nos deja atónitos ante el enigma que él esconde y construye.

El relato del padecer se disfraza con múltiples caretas, con capas de caretas que poco a poco el discurso va dejando caer. Pero nunca caen todas y en cambio, se agregan otras.

El relato de un relato será intentar acercarnos a aquellos lugares donde se anduvo sin un rumbo prefijado. Lugares de mundos ajenos, de padeceres encarnados en otros cuerpos en los cuales el sufrimiento se hace carne y esta carne cuenta, relata, intentando hacerse cuerpo. Cuerpos marcados por una diferencia y relatos que intentan borrarla...

Siempre ocurre en la clínica que cada uno de los relatos que nuestros pacientes nos ofrecen, nos instalan en un lugar de pregunta, en un lugar de replanteos que no siempre conducen a caminos fáciles en los que nos encontremos a sabiendas o con conocimientos adecuados para transitarlos. La mayoría de los casos, estos relatos nos conducen a caminos que se abren con un gran interrogante como bienvenida. Estos interrogantes nos llevan a poner a prueba, no sólo los conocimientos que hemos ido aprehendiendo, sino aquellas verdades que se imponen, aunque más no sea desde la teoría, con una pregnancia casi autoritaria y difícil de contradecir.

Compartiré unas breves líneas de mi experiencia de asombro y novedad con el análisis de una paciente travesti.

Cuando comencé con las entrevistas a Claudia, me preguntaba si me sería posible poder escuchar a mi paciente sin que me afecte su condición sexual. Era muy claro que en mí se movilizaba una idea de ambivalencia entre aquello que percibía y en la necesidad de ubicar a mi paciente dentro del registro binario hombre/mujer.

¿Cómo sería su análisis? ¿A partir de qué conceptos podría orientar su dirección? Me invadía la percepción de que era una mujer pero no podía dejar de pensar que “también” era un hombre. El borramiento de la diferencia se imponía arrogante y destabilizador. Era la lógica del dos en uno. Lógica que conducía mis hipótesis a encrucijadas teóricas que me encerraban en laberintos de dudas.

En el transcurrir del proceso terapéutico los interrogantes poblaban los minutos de sesión y progresivamente comenzaron a ser un foco de orientación contratransferencial.

¿Estaba frente a la renegación de la castración? ¿Frente a una desmentida de la diferencia sexual que intentaba recuperar una estructura que amenazaba con desintegrarse? O era, quizás, la represión que, ante el retorno de lo reprimido, había hecho una jugada determinante, sin vuelta atrás. ¿Sería Edipo o Narciso?

A Claudia le avergüenza su pene. Luego de varias sesiones en las cuales habíamos estado trabajando su identidad femenina, me cuenta de un encuentro que tiene con un hombre. Comienza el relato con la expresión “me da vergüenza contarte”. No era la primera vez que relataba una cita íntima lo cual hizo preguntarme cual sería el verdadero sentido de esta vergüenza. Comenzó a contarme que había pasado una noche maravillosa y que su compañero la había hecho “sentir muy mujer”. Dice: “Me besaba, me besaba mucho y me tocó”. Tapándose la cara me dice: “Tocó mi parte masculina, tocó mi pene. Me da mucha vergüenza”, a lo que yo pregunto: “¿Te da mucha vergüenza tu pene?”. “Sí”, me responde ella llorando, “me recuerda que no soy mujer”. En las sesiones siguientes comenzó a decir que se daba cuenta de que había comenzado a incorporar su pene como parte de los juegos sexuales. Pero la vergüenza de ser “descubierta como hombre” seguía estando.

¿Qué ocurre cuando la “envidia” al falo se transforma por obra del relato en “vergüenza” al falo? O ¿cuándo la envidia es al “pecho”?

Dío Bleichmar explica que “la feminidad/masculinidad no es sólo un rol o una conducta prescripta, sino un principio organizador de la subjetividad entera: yo, superyó y deseo sexual. La fuente del deseo no es un cuerpo anatómico sino un cuerpo construido en el conjunto de los discursos y prácticas intersubjetivas.”

¿Cuáles han podido ser estos discursos que orientaron la marca de una diferencia velada por la búsqueda de un “tenerlo todo” en Claudia? ¿Cuáles habrán sido las prácticas intersubjetivas que dieron origen a la renegación de la diferencia y al imperioso intento de suprimirla?

Podemos pensar que el discurso materno ha dado lugar a que las identificaciones primarias se cristalicen en una feminidad arcaica e inaugural de su subjetividad.

La pregunta de Claudia es ¿te confundo? Tal vez ese discurso haya impactado en el cuerpo con un estatuto de ambigüedad, de imposibilidad de dejar claro cuál es el rol que la biología impone. Confusiones. Signos de una temporalidad pasada y adscripta a la constitución subjetiva.

Con mi paciente estaba yo frente a un sujeto/sujetado a un profundo sufrimiento. Más allá de las vicisitudes de su apariencia y su disforia de género, en *él/ella* había una lucha por la supervivencia en la búsqueda de identidad y esto no podía dejar de repetirse y deslizarse en los significantes que el juego de transferencia y contratransferencia proponía en su devenir.

Confusiones, interrogantes eran brújulas a seguir. ¿Qué soy? ¿Qué es? La pregunta por el ser, en un péndulo imparable entre el Yo narcisista y el objeto; entre la libidinización de su Yo, como búsqueda de identidad y la búsqueda de objeto como estructurante de una frágil identidad que era preciso sostener y construir cada vez, cada sesión, cada momento en su vida.

La mirada del otro: madre, padre, hombres, mujeres, analista, como determinante de esta búsqueda identitaria que no puede anclar en el Yo sexuado de mi paciente.

La mirada del otro como la cultura que tiñe con su mar-

ca acechante la necesidad de decirse hombre o mujer, que determina roles y conductas que distingan lo femenino de lo masculino.

Pero la línea se desdibuja y la diferencia comienza a fusionarse causando en Claudia una imperiosa tarea que deberá llevar a cabo para no caer en una desintegración existencial y alienante. “Me siento mujer. No soy homosexual, soy una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre”, es la sentencia desesperada frente al horror que le produce la homosexualidad, pero a su vez la salva de ella; defendiendo su ser, su existencia psíquica, siendo el costo que tal vez tenga que pagar su narcisismo por mantener una ilusión de identidad.

...Tal vez debamos comenzar a comprender y a pensar que no es la biología y particularmente la anatomía, lo que determina el sentirse, el saberse varón o mujer, niña o niño. Es la sociedad y la cultura la que otorga un marco de legalidad, normativo y reglado de los aspectos que determina aquello que deba leerse como masculinidad o como feminidad, lo que marca la diferencia entre ambos géneros.

Pero pensar el género en cuestiones de femenino y masculino nos instala en una ecuación binaria que se nos escurre al intentar comprender aquellas variables que no se pueden acomodar con precisión en ninguno de los dos opuestos.